35 conservadores y un ejecutivo llamado Regente que integraban Almonte, el arzobispo de México Pelagio Labastida y el General Santanista Mariano Salas; en seguida fue creada una asamblea de notables, compuesta por 215 individuos, los cuales declararon que México adoptaba por forma de gobierno la monarquía moderada, hereditaria con un príncipe católico; la corona imperial de México se ofrecía a Maximiliano y en caso, de que por algún motivo éste no llegase a tomar posesión del trono, la nación mexicana se remitiría a la benevolencia de su majestad Napoleón III emperador de los franceses, para que él indicara otro príncipe católico.

13.- EL SEGUNDO IMPERIO

Con notable eficacia el gobierno títere instalado por los franceses organizó toda una cadena de recepciones para los flamantes emperadores de México, el archiduque Maximiliano de Habsburgo y su esposa la princesa Carlota de Bélgica, quienes llegaron a Veracruz el 28 de mayo de 1864 y el 12 de junio entraron a la ciudad de México. "Mexicanos vosotros me habéis deseado", exclamó el emperador al desembarcar en Veracruz; el puerto poblado casi exclusivamente por los liberales lo recibió fríamente, pero Córdova, Orizaba y Puebla y algunas poblaciones intermedias, compensaron la reserva jarocha con una efusión que se expresó en lluvias de flores y repique de campanas.

En el gran final, miembros de las principales familias de la capital vestidos de charros y al lomo de hermosos caballos, montaron guardias en las afueras de la ciudad para tributar la primera ocación capitalina de los personajes; la valla humana que se extendía a partir de ese punto, formada por gente de levita lustrosa y una multitud de léperos recién bañados para la ocasión, llegaba hasta los alrededores de la catedral, donde el alto clero entre salvas de cañones y redobles de campanas, aparecía a saludar al nuevo Quetzalcóatl.

Mientras tanto Benito Juárez saltaba de angustia en angustia; el proyecto de establecer su gobierno en San Luis Potosí se le vino abajo en 1863, cuando un ejército colaboracionista encabezado por el general Tomás Mejía, un indígena que había pasado de mozo de un abarrotero español a cacique de la Sierra Gorda, avanzó sobre la capital potosina y Juárez sin elementos para hacerle resistencia, abandonó la ciudad para marchar a Monterrey. Al iniciar el éxodo, Juárez iba acompañado por su familia y gran número de partidarios, muchos de los cuales desertaron en el trayecto; otros, como el General Porfirio Díaz fueron enviados a distintas partes del país con instrucciones de ingeniárselas para propagar o siquiera mantener latente el espíritu de la revelión; el jefe de la pequeña fuerza armada que acompañaba a Juárez, el General José López Uraga defeccionó al ver lo difícil de la situación; Manuel Doblado quien acompañaba a Juárez quedó como jefe del llamado ejército del centro y González Ortega fue puesto al frente del casi teórico ejército de oriente. En San Luis Potosí nombró Juárez a los dos colaboradores civiles que más destacarían en los años venideros: Sebastián Lerdo de Tejada, hermano de Miguel, que ocuparía la cartera de Relaciones y José María Iglesias que ocuparía la de Justicia.

Los fugitivos sólo pudieron llegar a Saltillo, pues el cacique Vidaurri se negó a recibirlos en Monterrey; una maraña de intereses turbios

motivaban la actitud del cacique, gracias a la guerra de secesión, cuando varios regiomontanos hacían magníficos negocios con diversas fábricas de tela burda que abrieron en Nuevo León y que producían vestidos para los esclavos del sur norteamericano; en este negocio se originaron algunas de las grandes fortunas de Monterrey; los sureños seguían embarcando su algodón por Matamoros y Vidaurri recaudaba fuertes cantidades de impuestos por ese concepto; el cacique era incitado por los surianos a establecer la famosa República de la Sierra Madre, en la que él sería amo absoluto.

Los franceses le hacían atractivas ofertas para ligarse a su bando; en cambio Juárez era un fugitivo que nadie le podía ofrecer; mientras él decidía qué camino tomar, los fugitivos de San Luis Potosí fueron obligados a permanecer en Saltillo, algunos de los principales lugartenientes de Vidaurri seguían siendo leales a Juárez; Doblado aprovechó esta circunstancia para acorralar al cacique en una red de maniobras que culminaron exitosamente con la fuga de Vidaurri a Texas y su posterior incorporación a las nóminas del imperio de Maximiliano no fue sino hasta el 3 de abril de 1864 cuando Juárez pudo sentirse seguro en Monterrey; el respiro fue breve; los franceses jefaturados por el General Aquiles Bazaine sustituto de Foréy, ocupaban pueblo tras pueblo y ciudad tras ciudad: Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, Guadalajara, Aguascalientes, Morelia, Campeche, San Luis Potosí, colima, finalmente marcharon sobre Monterrey; ante el asedio Juárez mandó a su esposa e hijos a Nueva York y ordenó a Doblado que hiciera lo posible por detener el avance enemigo a mediados de mayo, tras sufrir una derrota culminante en Matehuala, San Luis Potosí, Doblado huyó à Estados Unidos; entonces Juárez abordó un destartalado carruaje negro, que cruzando el desierto de Mapimí lo llevaría hasta Durango, donde contaba con la protección de González Ortega y su llamado ejército de oriente; los patriotas fueron derrotados poco después en la cercana hacienda de Mahoma y Juárez se vio en la necesidad de proseguir su fuga; sólo el cacique de Chihuahua, Luis Terrazas y el de Sonora Ignacio Pesqueira, continuaban leales a la República; acompañado por unos cuantos burócratas, Juárez se trasladó a la ciudad de Chihuahua para establecer allí su gobierno errante. Dos años permaneció en esa ciudad sin hacer otra cosa que proteger su persona, que ya empezaba a convertirse en un símbolo invaluable de la resistencia nacional.

La llegada de Juárez a Chihuahua coincidió con los mejores momentos del imperio de Maximiliano, con el arribo de varios regimientos austriacos, belgas y de la región extranjera; el número de invasores llegó a cuarenta mil; además el emperador contaba con el auxilio del ejército conservador mexicano que contaba 10,000 hombres. Maximiliano fascinó a sectores amplísimos de la población con su porte majestuoso, su simpatía personal y sus esfuerzos demagógicos por convertirse en mexicano cien por ciento; solía vestir sombrero y traje de charro, se declaraba partidario acérrimo de la tortilla de maíz y el mole poblano y deshacía en elogios a la belleza del paisaje y a los encantos de la mujer mexicana; efectivamente tenía debilidad por las morenas, especialmente por la hija de un jardinero de la residencia de descanso que estableció en Cuernavaca, a quien llamaba "La India Bonita".

La emperatriz bellísima, refinada y encantadora, aunque un poco loca, deslumbró a la alta sociedad por la elegancia con que organizaba las recepciones y ganó simpatías entre los pobres por sus visitas y donativos a las instituciones de beneficiencia, oficialmente se declaró que Carlota pretendía ser una madre para los mexicanos, lo cual emocionó a buena parte de la población e inspiró al implacable escritor Ignacio Ramírez, el Nigromante, para adjudicarle el apodo de Mamá Carlota. Además de la parte sana de la población, se declararon partidarios del Imperio casi todos los militares profesionales, la mayor parte de los burócratas felices porque Maximiliano empezó pagando puntualmente las quincenas, gran número de comerciantes y mucha gente timorata, que dominada por las intrigas de los conservadores y persuadidas de que el emperador pondría fin a la anarquía reinante en el país desde la guerra de independencia. Sin apremios de ninguna especie; el gobernador y el ejército de Yucatán se proclamaron imperialistas a ultranza, igual que muchos caciques regionales, como el latifundista jalisciense Francisco J. Velarde, apodado el Burro de Oro, quien era célebre porque vestía botas con tacones de oro y sobrero de charro bordado con piedras preciosas, pero sobre todo porque tenía en el pueblo la Barca un auténtico harem con docenas o cientos de mujeres, según la versión popular que a veces se acepta o no.

Muchos indígenas vieron en Maximiliano al mesías que iba a liberarlos de los mestizos y los criollos; los yaquis y los mayas pelearon a u favor y contra Juárez; uno de los imperialistas más entusiastas fue Manuel Lozada, cacique de los coras de Nayarit; por su puesto también se fueron a la cargada muchas personalidades del mundo artístico y literario, como la célebre cantante Angela Peralta, el ruiseñor mexicano; Juan de Dios Peza, el poeta del hogar; el escritorzuelo español José Zorrilla autor de la pieza teatral Don Juan Tenorio y muchos otros intelectuales de menos fama. Zorrilla quien residía en México y ya era uno de los amos de la magia literaria de la época, fue nombrado con gran sueldo director del teatro imperial, un organismo inexistente, y Juan de Dios Peza trepó al carro del imperio nada menos que como ministro de guerra.

Fueron los conservadores quienes primero empezarían a desligarse de Maximiliano; el 15 de septiembre de su primer año de estancia en México, el emperador viajó a Dolores Hidalgo, inició de esta manera la tradición de los jefes de estado mexicano, que visitan algunas veces la cuna de la Independencia para participar en la ceremonia del grito; la maniobra agradó a los liberales moderados y disgustó profundamente a los conservadores, para quienes la fiesta nacional por excelencia, no era la relacionada con la actuación de Hidalgo, sino la que recordaba la entrada triunfal de Iturbide a la ciudad de México; poco a poco verían los conservadores que Maximiliano no deseaba gobernar con ellos y para ellos, sino con los liberales; inclusive Juárez fue invitado a incorporarse a la nómina de colaboradores del Imperio como presidente de la suprema corte de justicia; Juárez rechazó indignado la invitación; Maximiliano dejaba traslucir el desprecio que sentía por el rastacuerismo de la parte sana de la población y poco a poco se deshizo de los conservadores; el sanguinario Márquez fue enviado de embajador ante el imperio otamano Miramón, que se encontraba exiliado en Europa, entró secretamente a México y trató de ser admitido en el bando juarista; cuando fue rechazado, ofreció sus servicios a Maximiliano para sufrir primero la humillación de que lo pusieran a las órdenes de un coronel francés, (un oficial francés de cualquier grado, era, según el reglamento del imperio, el superior jerárquico de un general mexicano), y finalmente ser enviado como embajador en Berlín, Almonte acabó en Europa como agente diplomático, en su afán de arrmarle buenas voluntades al Imperio en 1862; el arzobispo Labastida había conseguido que el Papa Pío IX, resolviera favorablemente una solicitud presentada desde 1627, para que el beato Felipe de Jesús fuera elevado a la santidad, un honor que hasta entonces no había merecido ningún nativo de América; su decepción fue colosal, cuando Maximiliano confirmó en toda su validez las leyes liberales sobre la nacionalización de los bienes de la Iglesia, la libertad de cultos y prácticamente todas las leyes de reforma, además de decretar la censura gubernamental para las bulas y despachos que el Vaticano enviara a México. Antes de Maximiliano, los generales Forey y Bazaine habían tomado las mismas medidas; de hecho los franceses y Maximiliano, fueron los consumadores de la Reforma en México, pues la parte sana de la población, no osó oponerles más resistencia que las murmuraciones y la queja de que los europeos habían resultado peores que Juárez.

Se ignora de dónde sacaron los imperialistas mexicanos la idea de que la intervención francesa les devolvería sus antiguos privilegios; para Napoleón III y aún más, para el progresista Maximiliano el absolutismo tipo Siglo XVI pero sin españoles (al que los conservadores mexicanos ansiaban regresar), era un sistema indigno de ser practicado por un hombre del Siglo XIX.

Maximiliano tenía la ilusión de crear en México el imperio más rico, culto, moderno y hermoso del planeta; creía firmemente en el mito de que México era el país más rico del orbe, una tierra pródiga donde cualquiera que no fuese un perezoso de remate, encontraría minas de oro y plata, con sólo tomarse el trabajo de rascar el suelo; lo único que faltaba en este edén era un gobierno sabio y capaz de conservar el orden y Maximiliano se creyó llamado a establecer ese gobierno.

Hermano del Emperador de Austria, Hungría y esposo de la hija del rey de Bélgica, Maximiliano distaba mucho de ser un segundón dispuesto a estrar en componendas para obtener una corona cualquiera; antes de aceptar el trono de México, había rechazado el de Grecia por considerarlo demasiado poco para él.

En sus primeras noches en México, Maximiliano y Carlota tuvieron que dormir en una mesa de billar, porque la cama que les instalaron en los reales aposentos del Palacio Nacional, estaba llena de chinches; pero ni aún así perdieron las disparatadas ilusiones que se habían forjado acerca de la riqueza y la potencialidad de México; el espíritu aventurero de Maximiliano y el aún más aventurero de Carlota, quien de además era sumamente ambiciosa, demostraría ser capaz de resistir todas las pruebas.

El agosto de 1865 el avance imperialista alcanzó su punto máximo: cuando los franceses ocuparon la parte sur del estado de Chihuahua nuevamente Juárez tuvo que huír; el día 15 se detuvo en el Paso del Norte, actual ciudad Juárez y temeroso de que el enemigo siguiera avanzando, se puso a indagar cuál sería el cerro más alto de Chihuahua, para instalar en la cumbre su gobierno, para su fortuna los franceses no creyeron prudente continuar al norte; la guerra de secesión ya se estaba disolviendo en favor de los antiesclavistas y a los franceses no les convenía acercarse a los puntos donde algún incidente desafortunado podría provocar encuentros armados entre sus fuerzas y la de los norteamericanos victoriosos.

Entre los liberales abundaban todavía los individuos dispuestos a sustituír a Juárez en la presidencia; inclusive cuando vivían las angustias de Saltillo, Degollado y González Ortega le pidieron que renunciara a favor de alguno de ellos. El 1o. de diciembre de 1865, terminaba el período consistucional del gobierno, y González Ortega que todavía era Vicepresidente de la Suprema Corte de Justicia en funciones de presidente, exigió que le fuera entregado el mando; Juárez lejos de acceder, expidió varios decretos para prorrogar su propio período presidencial y convertir a González Ortega en un rebelde y proscrito.

Guillermo Prieto y otros liberales se separaron de Juárez, acusándolo de haber dado un golpe de estado; en realidad los derechos de González Ortega eran sumamente discutibles; su período en la suprema corte terminaba al mismo tiempo que el de Juárez, de manera, que por un error en la Constitución, en cierto momento, México quedaba sin Presidente y sin Vicepresidente a la vez; en circunstancias normales el congreso sería el llamado a deshacer el enredo, pero el congreso se había disuelto con la huída del gobierno y había otorgado facultades extraordinarias al Presidente, así Juárez estaba capacitado legalmente para prorrogar su propio mandato; por otra parte, un cambio de gobierno hubiera sido un disparate descomunal en aquellas circunstancias, con su tesón Juárez ya se había convertido en el símbolo de la resistencia nacional y el único elemento de cohesión entre la infinidad de grupos guerrilleros anónimos que brotaron en el país y que a fines de 1865 comenzaron a convertirse en la pesadilla de los invasores.

Al principio para aumentar su interés por la aventura intervencionista, Almonte aseguró a Napoleón que el fisco mexicano recaudaba cincuenta millones de pesos cada año, que los gastos normales del gobierno podían atenderse cómodamente con veinte millones y que por lo tanto sobraban treinta millones para pagar todas las deudas del pasado y los intereses de cualquier préstamo que bondadosamente se hiciera al gobierno mexicano una vez instalado el Imperio; la quiebra de México se debía única y exclusivamente a los turbios manejos de Juárez y sus compinches. La realidad era otra, en años normales se recaudaban alrededor de quince millones de pesos y en 1861 Juárez recaudó menos de nueve millones; Maximiliano pese a que elevó los impuestos y tuvo la colaboración de los conservadores, recaudó solo dieciocho millones anuales como promedio, una bicoca para el tren de vida que pretendía llevar. Durante el segundo semestre de 1864, Maximiliano ofreció 20 banquetes, 16 bailes, 12 recepciones de corte y 70 comidas íntimas; gastó 424,000 de pesos en recostruir y redecorar el Castillo de Chapultepec, donde estableció su residencia y se fijó un sueldo de millón y medio de pesos anuales, contra treinta mil que ganaba Juárez; sus funcionarios liberales y conservadores mexicanos, pronto le parecieron una nulidad y dejándolos en condición de firmones, importó de Europa a todo un gabinete particular, que realizara el trabajo efectivo y cobraba sueldos elevadísimos, por otra parte el imperio debía pagar los intereses de las deudas reclamadas por Francia, Inglaterra y España, así como los gastos que ocasionaba mantener en México al ejército francés; Maximiliano trató de hacer economías negando fondos a los ramos de instrucción pública y mejoras materiales, pero inclusive así, gastaba como promedio más de setenta y dos millones al año y aún cuando hubieran sido verídicas las cifras que presentó Almonte, habría sido posible sostener el imperio con los productos del país, para cubrir el colosal déficit se colocaron otros empréstitos en Europa y en un abrir y cerrar de ojos, Maximiliano adquirió deudas cerca de cuatrocientos millones de pesos, que sólo en intereses al seis por ciento, se llevaban veinticuatro millones, casi tres veces lo que en total recaudó Juárez durante 1861.

Resulta asombroso que ni Napoleón III, ni Maximiliano advirtieran que el imperio carecía de viabilidad económica, pues a Francisco Zarco le bastó analizar en su escritorio el tratado de Miramar, que regulaba las relaciones entre los emperadores, para pronosticar hasta en sus últimos detalles el desastre financiero que tenía que arrojar la intervención; el conocimiento perfecto de esta realidad, reforzaba la fe de Juárez en el derrumbe del impero; del extranjero le llegaban además otras noticias que alegraban su ánimo: en Francia el alto costo de la intervención y los resultados inciertos de las operaciones, hábilmente explotados por los abtibonapartistas (como el escritor Víctor Hugo y el legislador Julio Fabre), redujeron catastróficamente la popularidad de Napoleón III ya muy desgastada por su política de tolerancia a la corrupción y al derroche en el sector obrero, el más afectado por la política gubernativa; surgió muy pronto el sentimiento revolucionario que unos años más tarde, determinaría la liquidación de Bonaparte; por si esto fuera poco, el ambiente internacional se tornaba irrespirable para el mandatario francés. Al producirse la ocupación de Veracruz los norteamericanos se desgarraban en la guerra secesionista y los franceses contaban con el gobierno de Wáshington no intentaría invocar su famosa doctrina Mónroy; en efecto el régimen de Lincoln puso en práctica una política de neutralidad frente al conflicto mexicano, reconoció a Juárez como mandatario legítimo, pero sin darle permiso para abastecerse de armas norteamericanas; en cambio permitió a los franceses la adquisición de transportes y pertrechos y hasta el reclutamiento abierto de mercenarios; en Estados Unidos, la guerra de secesión terminó en abril de 1865; los norteamericanos se vieron de pronto con un enorme ejército victorioso, que podía cobrar a los franceses los coqueteos secretos que habían tenido con los rebeldes surianos cuando les pareció probable que triunfara el sur y los Estados Unidos quedaran divididos para siempre. No tardaron en enviar a Napoleón una violenta nota, para exigirle que retira en breves plazos sus tropas de México; por añadidura comenzaron hacerse de la vista gorda cuando los juaristas compraban armas de contrabando en Estados Unidos.

Simultáneamente en Europa surgía una gravísima amenaza para Napoléon III al perfilarse Prusia como una gran potencia militar.

En julio de 1866 en la batalla de Sadowa, los prusianos derrotaron